

PASCUA 2017

“...Y MEJOR SEGUIRLE”

Y llegamos a la Pascua, eje central de la vida de la Iglesia. En este camino como discípulos que estamos haciendo, abordaremos la última de las palabras que nos propone San Ignacio y que han ido acompañando nuestra reflexión a lo largo de este curso. En Pascua. **SEGUIR.**

EL SIGNO:

Al hablar del seguimiento en este tiempo de Pascua y al estar concluyendo el Mapa Misionero de cada uno de las parroquias nos parece muy apropiado poder colocar, además de los símbolos propios del tiempo, en torno al cirio pascual o en un lugar conveniente, algunas imágenes en gran formato de lo que es la vida parroquial. No solo los templos sino todas esas actividades y personas que nos hablan de la presencia del Resucitado que camina con nosotros y que nos invita a caminar en comunidad. Aprender a descubrir los signos de su presencia y además, a sentirnos requeridos con urgencia a salir en su nombre y llevar su vida a quienes no le conocen, a quienes le conocieron en algún momento pero se alejaron de la fe y a quienes, aún vinculados a la comunidad, pueden estar viviendo un periodo de sequedad espiritual o una fe mortecina.

También puede elaborarse un mural con todos los grupos y actividades pastorales que ofrece la comunidad y que hablan de la vida que se encierra en ella. Es también un momento para hacer llegar a todos la tarjeta con la oración por la Misión y rezarla juntos en cada celebración o reunión de grupo.

Si no se han encargado todavía, convendría que cada parroquia adquiriese la cartelería de la Misión que ya está a disposición antes de que arranque la siguiente fase de la misma.

LOS MATERIALES:

Para ayudarnos en la preparación y vivencia de este tiempo se nos ofrece:

1. Cartel Pascua SEGUIR
2. Texto orientativo con sugerencias.

SEGUIR

A CRISTO

Porque para seguir en otra dirección no estamos. Si hemos de seguir a *alguien* que sea a quien nos ofrezca algo tan grande que nada ni nadie se le pueda comparar ni de lejos. Si hemos de seguir a alguien que no sea a una persona que no sea divina. Sólo por Cristo vale la pena la entrega total y el *seguimiento incondicional*. Pido a la Virgen, Madre y primera discípula de Jesús, nos ayuden estos textos a crecer en el «*seguimiento*» de Jesús.

Este curso hemos querido configurar el lema *Corazón de discípulo*, lema que compartimos con el momento diocesano del PDP y de la preparación de la Misión diocesana, en tres momentos o etapas. Lo iniciamos con la certeza ignaciana de «*Conocer*» -primer trimestre- para mejor «*Amar*» -segundo trimestre- y mejor «*Seguir*» al Señor. De alguna manera, el adviento y la cuaresma nos ofrecieron el tiempo idóneo para buscar conocer al Señor y entregarle nuestro deseo de vivir en el amor. Ahora, en esta Pascua que estamos estrenando, vamos a acentuar el anhelo del seguimiento. Vamos a conjugar en nuestra gramática de discípulos el verbo «*Seguir*».

Seguir “con todas las letras”.

Es una expresión que habla de asumir en serio las cosas. Estudiar con todas las letras, comprometernos con todas las letras... Pues así, de esa manera, con todas las letras, seguir a Jesús. El seguimiento de Cristo se escribe con cinco letras curiosas:

Con «**S**» de perseverancia. **Siempre**. Seguir siempre. Las intermitencias no son la forma del seguimiento. Hoy sí, pero mañana no... Así se puede seguir a un grupo de música o a una novedad interesante. Pero al Señor se le sigue de por vida. Como dicen nuestros mayores, «*en las duras y en las maduras*». Cristo no sólo vale la pena, sino que vale la vida. El temor a lo *definitivo* puede despertar en nosotros el eco de la tentación de abandonar. Pero lo definitivo no es otra cosa distinta que el presente continuo. El futuro está sólo en la esperanza con la que armamos el presente. Sólo quien se entrega hoy se capacita para entregarse siempre. La entrega definitiva es hoy, y es aquí.

Con «**E**» de presencia. **Estando**. Haciéndonos presente en cuerpo y alma en el camino por el que anda el Maestro. Una perseverancia corpórea. Podemos decir que hasta física. Tocando con nuestra presencia consciente y libre su presencia generosa. No se puede seguir *on line*, a distancia, a lo lejos. La brújula se sostiene en la cercanía de la mano y a

la altura de la mirada. Hay que estar para seguir. Solo se anda estando en pie. Sólo así podemos acompañar nuestro andar. Hay que estar en pie.

Con «**G**» de disponibilidad. **Guiados**. Por quien inició y completa la carrera de nuestra existencia. La marca la pone otro; la guía la realiza Él. Porque es a Él a quien seguimos. Sin docilidad el seguimiento es imposible. Porque hemos de estar atentos a otra voz, a otros reflejos distintos de nuestros brillos. Seguir sus señales. Donde Él quiera; cuando Él quiera; como Él quiera; hasta que Él quiera. Si me pide el tiempo, el tiempo será suyo; si me pide esfuerzo, mi esfuerzo será para sus cosas; si me pide silencio, callaré; si me pide palabra, hablaré.

Con «**U**» de prisa. **Urgidos**. Porque seguimos a quien subió a Jerusalén a toda prisa y, en una confianza de amistad, indicó que «*deseaba ardientemente*» alcanzar la mesa de aquella comida, o que «*ardía en deseo*» de que ardiera el fuego que «*había venido a prender*» entre nosotros. Su prisa nos configura la manera de seguirle. No podemos estar entretenidos jugando con las cunetas de los caminos, suponiendo que siempre nos queda tiempo para concluir la marcha emprendida. Es la hora y hemos de asumir los riesgos de esta urgencia.

Con «**I**» de compromiso diocesano. **Involucrados**. Porque no somos seguidores a título privado, sino que vamos «*juntos*» por el camino en una fraternidad misionera llamada a un testimonio gozoso. Unas veces seremos empujados por el empuje del otro; y en ocasiones nos tocará empujar el ánimo y la ilusión ajenas. No somos trigo de sobre, sino trigo de espiga. Sostenidos los granos por otros granos sostenedores. Y si nuestra Iglesia diocesana se ha involucrado en la misión, nosotros no podemos seguir a Jesús de otra forma y manera que no sea involucrándonos.

Y finalmente, con «**R**» de don. **Regalo**. Porque ni somos nosotros los autores ni somos capaces de seguirle si no somos llamados y capacitados por Él. La gracia tiene el protagonismo en nuestra decisión de seguir a Cristo. Y, o somos conscientes de ello, o en lugar de seguir a Cristo nos seguiremos a nosotros mismos encandilados por nuestra supuesta libertad. Es un don inmerecido que hemos recibido: haber podido encontrar las huellas de Jesús y haber escuchado de sus labios el tono tierno de nuestro nombre. Un don que nos enseña a seguir conjugando la gratuidad como experiencia.

Cinco letras y un compromiso firme que seguir a Cristo con la alegría de la Pascua: la alegría del Evangelio. No es un juego, una sopa de letras para entretener la Pascua. Es algo muy serio. Si nos hemos tomado en serio lo que supone «*Conocer*», con ese conocimiento interior que muestra la fe y la espiritualidad orante de la Iglesia, a Cristo; si nos hemos tomado en serio que la forma de conocer no es sólo la inteligencia fría y calculadora, sino la razón

cordial de un «Amar» que tiene nombre divino, entonces ahora sabremos «Seguir» a Cristo. Seguirle con *todas las letras*.

Características del «seguimiento»

Antes de ofrecer algunas reflexiones teológicas, permítanme que les ofrezca tres pinceladas espirituales de lo que supone para unos cristianos de hoy asumir en la vida las características espirituales del seguimiento de Jesús. Porque «seguir» inevitablemente exige poner los ojos en alguien que está delante de nosotros. Mirarle y seguirle, mirarle e imitarle.

1.- Seguimiento e imitación.

Alguna vez escuché que a Jesús sólo se le puede seguir; que no se le puede imitar. Entiendo el marco de esa afirmación, pero no lo podemos compartir del todo. La Encarnación es un hecho tal que debe ser capaz de ayudarnos a entender la posibilidad de «imitación». Así lo entiende la Palabra de Dios y la historia de la espiritualidad, en la que encontramos no pocas referencias de la «*imitatio christi*». El Verbo eterno del Padre, el Señor de la historia, quien es alfa y omega, se hizo hombre. Nació de mujer. En todo semejante al ser humano, menos en el pecado. Su «*hacerse humano*» tiene la posibilidad de ayudarnos a descubrir el camino para «*divinizarnos*». Este hecho incorpora la posibilidad de imitación en el seguimiento. Los sentimientos, los criterios, las actitudes de Jesús han de ser las nuestras. Seguir a Jesús imitando su modo de vida.

Nos buscó, como el pastor busca la oveja perdida (Lc 15, 3-7); nos perdonó como el Señor perdona a sus siervos; y, sobre todo, nos llamó amigos, comunicándonos los secretos del Reino de Dios (Jn 15, 14). ¡Cómo no imitar a quien se hizo por nosotros, y por nuestra salvación, hombre verdadero!

2.- Seguimiento y servicio.

Pero es el verbo *servir* el que identifica con mayor verdad nuestra imitación de Cristo: nuestro seguimiento. «*Os he dado ejemplo: haced vosotros lo mismo*» (Jn 13, 15). Los ejemplos se imitan. Jesús nos mostro la manera, la forma, el estilo... Lo nuestro es asumir el servicio como criterio existencial. Jesús es el *Siervo*, nosotros no podemos ser señores (Is 42).

¿Dónde servir? ¿Cómo servir? Esa es la cuestión que se nos plantea en este tiempo pascual. Es la forma en la que seguir a Cristo adquiere relevancia. Cada uno sabe, si se coloca ante Dios con sinceridad, responder a estas cuestiones. Él no dio ejemplo para que sigamos sus huellas (1 Pe 2, 21).

3.- Seguimiento de Jesús, pobre y humilde.

El estilo de vida de Jesús no puede ser potestativo para quienes le seguimos. Como Él vivió, nosotros debemos vivir. Por ello, poco hay que añadir a aquellos textos en los que aparece la elocuente forma de vida de Cristo pobre y humilde. Quien teniéndolo todo se despojó de todo para ser tenido por esclavo y, desde la esclavitud, liberarnos. (Cfr, Fil 2, 6-8).

Y no como opción por una vida triste. No es opción por el apocamiento y la vida gris. Sino por la fuente de la verdadera alegría. No puede perder nada quien no tiene nada. Nada es tan liberador como la pobreza y la humildad. No nos quitan, siquiera, la vida; porque como Él hizo, la damos por amor (Jn 10, 18).

El protagonismo teológico de la Palabra en el «Seguimiento»

El *seguimiento* de Jesús es una expresión llena de contenido bíblico, teológico y espiritual. En la experiencia de la comunidad cristiana ha llegado a ser un tema evocador de realidades que están en el origen fundante de la vida teologal: gratuidad, discipulado, camino, alianza, fidelidad, aprendizaje, dinamismo, creatividad, crisis, despojamiento, conversión, cruz, resurrección... El tema es una auténtica síntesis de la vida cristiana.

Seguir a Cristo es la tarea fundamental de su discípulo, lo que significa acogerlo como centro de gravedad de la vida, escudriñarlo en los múltiples signos de la historia, adoptarlo como punto de referencia de todo juicio, aceptarlo como revelación transparente y definitiva del Padre, situarlo en el corazón de la experiencia cristiana, reconocerlo como paradigma del hombre y fuente absoluta de sentido para la existencia entera.

La Iglesia lo entendió así desde el principio y lo fue madurando gradualmente. Encontró en el tema del seguimiento una de las formas más adecuadas para profesar su fe en el señorío de Cristo, en su condición de Mesías y de Maestro, de Salvador, Hijo del hombre e Hijo de Dios, glorificado a la derecha del Padre. La fe cristocéntrica de la comunidad cristiana expresa en el seguimiento de Jesús todo el dinamismo que subyace en su anuncio, en su celebración, en su testimonio y en su vocación a la diaconía, imperativos ineludibles de todo el que quiere ir tras las huellas de Jesús. Por eso el seguimiento viene a ser sinónimo de la conversión que abarca la vida entera, sumergida en el misterio de Jesús hasta llegar a una incesante identificación con él. Seguir a Cristo es vivir en estado de continua conversión. Ser cristiano es recorrer el camino de Cristo como nómadas en la fe.

Seguir a Jesús, sin embargo, se vive desde las raíces humanas, históricas y socio-culturales, donde toma cuerpo esta exigencia surgida de las mismas entrañas del evangelio. Los condicionamientos y las situaciones particulares de la existencia humana inciden inevitablemente en la experiencia cristiana.

América latina, con toda su carga de contradicciones y de muerte, de injusticia centenaria, de dependencia, de explotación, de opresión y de pobreza, experimenta el seguimiento de Jesús desde la óptica de la pasión y de la cruz, como premisas de liberación. Contextualizar el seguimiento de Cristo es contextualizar la experiencia del discipulado.

1.- En el principio del seguimiento está la «palabra»

1.1.- EL PODER SACRAMENTAL DE LA PALABRA.

Para los cristianos hay una profesión de fe que nos ha vinculado desde siempre con el misterio de la gratuidad de Dios, cuyo nombre es palabra. *Palabra en «quien vivimos, nos movemos y existimos»* (Ef 1,1-14; Jn 1,1; He 17,28). Palabra clave para acercarnos al umbral de su misterio.

Entre todos los signos humanos de la comunicación, la relación y el encuentro destaca la palabra, que posee una particular fuerza para crear la revelación recíproca, la comunión interpersonal y la credibilidad entre los interlocutores. Por eso debió haber sido escogida, entre todos los signos humanos, como manifestación del ser divino y vehículo privilegiado de su revelación y de su alianza con los hombres.

Según el testimonio de las Escrituras, la palabra reveladora de Dios está dotada de una sacramentalidad peculiar. No es una simple expresión verbal del pensamiento, sino una energía transformadora de todo lo que entra en relación con ella. Es sacramental, porque al ser pronunciada crea, opera lo que anuncia, produce lo que significa, llama a la existencia, hace la historia. «Dijo Dios y el mundo fue» (Gén 1,1-2,4). Es sacramental porque al pronunciarla ilumina, revela el sentido profundo de la realidad y de la existencia desde la mirada de Dios. Esclarece el significado de la historia. «Tu palabra es una luz para mis pies» (Sal 119,105). Es sacramental, porque al ser pronunciada se convierte en maestra, en regla de vida práctica y norma certera de conducta. Hace al hombre perfecto, colmándolo de sabiduría. Suscita compromisos y actitudes prácticas (Sant 1,19-27).

Por eso la palabra de Dios es comparada con la semilla, la lluvia, el fuego, la comida, el agua, el viento, el martillo que tritura la roca... Realidades todas que evocan vitalidad, fuerza, seguridad, certeza, eficacia, transformación, compromiso. Sus efectos se reflejan en el mundo material, en la historia, en la profecía y el profeta, en la ley, el culto, el templo, la sabiduría y el sabio, que son vistos como obra, recinto y mediación de la palabra.

En definitiva, la historia salvífica no es otra cosa que la historia de la palabra de Dios, que se manifiesta en su multiforme presencia, actividad y eficacia: palabra increada que habita en el misterio de Dios; palabra creadora; palabra forjadora de la historia de un pueblo exclusivo de Dios; palabra liberadora,

educadora y autora de la Alianza; palabra profética, salmódica, sapiencial. Palabra encarnada, pascual, eclesial.

1.2.- UNA PALABRA DEFINITIVA.

La síntesis de la palabra histórico-salvífica que hace la Carta a los hebreos (1,1-14) invita a detenerse en el vértice, el punto culminante, el paradigma, modelo y arquetipo de toda palabra reveladora. Todas las antiguas palabras –como también las posteriores– se resumen en una sola: Jesús de Nazaret, Hijo de Dios e hijo de María, el ungido por el Espíritu de la liberación, en el cual toda realidad ha sido definitivamente asumida y transformada por el misterioso gesto de su encarnación.

Por otra parte, recogiendo la rica expresión paulina (Ef 1,1-14) que propone a Cristo como la plenitud (el *pleroma*) del hombre y de Dios, del cosmos, de la historia y de la Iglesia, podemos acercarnos mejor al misterio de la Palabra definitiva del Padre. Como Palabra de Dios humanizada, Jesús revela el hombre nuevo, la nueva humanidad y el horizonte de toda humanización. Es Palabra que cruza los tiempos como evangelio del Padre «ayer, hoy y siempre» (Heb 13,8). Es signo, presencia y realización absoluta del Reino y sus valores. Se ofrece como Palabra clave que da sentido al misterio de la existencia. Se entrega como Palabra normativa que inspira toda lucha liberadora, toda transformación de estructuras de pecado personal y social, toda opción preferencial por los pobres. Es la suprema Palabra-respuesta del Padre a los grandes desafíos que se nos plantean cada día, pero al mismo tiempo es la Palabra-pregunta por la cual el Señor cuestiona nuestras múltiples idolatrías afincadas en codicia, egoísmo y prepotencia. Jesús es Palabra que convoca a conversión, proponiendo la acogida a la comunidad como signo de la acogida que hacemos a él mismo. Palabra pascual, Señor de la vida y de los tiempos, alfa y omega, principio y término del proyecto del Padre.

1.3.- DISCÍPULOS DE LA PALABRA.

Existen unas actitudes que la Palabra espera para poder realizar su sacramentalidad. A través de ellas se le despeja el camino para que actúe con toda su energía de penetración transformadora, haciendo discípulos de sus oyentes.

1) *Callar*: el silencio es la condición indispensable para entrar en el misterio de la Palabra. La precede, la acompaña y la prolonga. Es la actitud contemplativa del que se asombra ante la gratuidad de quien le habla.

2) *Escuchar*: la fe, como experiencia fundamental del amor de Dios, «nace de la audición» (Rom 10,17), lo que significa no sólo prestarle atención, sino abrirle el corazón, obedecerla, ponerla por obra, a semejanza de María (Lc 11,27-28). Quien así escucha la Palabra es porque pertenece a Dios (Jn 8,47).

3) *Ver*: la fe no es la visión plena, pero el oyente de la Palabra se hace creyente cuando la ve reflejada en las obras y prodigios de la creación y de la historia liberadora del pueblo. El evangelio es para ser oído, pero también para ser visto. «El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9). «Felices los que ven» (Jn 9,1-41). «Id y contad a Juan lo que habéis visto» (Le 7,22). Aquí reside la fuerza del testimonio.

4) *Conocer*: es algo más que un puro saber intelectual. Es hacer la experiencia de algo y más radicalmente; consiste en entregarse incondicionalmente a Alguien; como Pablo, que juzga basura todo lo anterior con tal de ganar el sublime conocimiento de Cristo Jesús (Flp 3,7-9).

5) *Buscar*: la Escritura, en particular los salmos, abunda en la expresión «buscar a Dios», que no es más que una forma sublime y muy dinámica de vivir la fe. El creyente es el que busca continuamente a Dios, aunque no siempre lo encuentre. Buscar al Señor es a menudo más importante que encontrarlo (9,11; 24,6; 27,8-9; 34,11 etc).

6) *Gustar*: es la sabiduría que brota del saber gustar la Palabra. Dicha sabiduría conduce a vivir en la rectitud del corazón, tratando de hacer siempre lo que es grato a los ojos de Dios (Sab 9,1-18).

7) *Seguir*: finalmente esta expresión resume todo lo anterior y refleja la radicalidad del que se ha encontrado con la Palabra, la ha situado en el centro de su existencia y la ha adoptado como referencia necesaria de todo su vivir. Es la conversión. Es la esencia del cristianismo.

1.4.- LA PALABRA SE HACE PUEBLO.

El dinamismo de la Palabra hace camino en el corazón de los discípulos, creando la comunidad como espacio privilegiado de su actividad salvífica en la historia. No resulta difícil comprender que la Iglesia del Cristo-Palabra no es en primer término el pueblo del rito, ni del sacrificio cultural, ni siquiera el pueblo del libro. Es, ante todo, el pueblo de la Palabra, pues de ella recibe su ser, se mantiene en él porque se nutre de ella, está sumergida totalmente en ella, vive como suspendida de ella y orientada siempre hacia ella. Sin Palabra no hay Iglesia, ni ministerios, ni sacramentos, ni envío misionero, ni testimonio, ni tradición viva, ni escritura, ni magisterio, ni teología, ni espiritualidad... Porque es el principio fontal de toda salvación, solo ella hace posible que una realidad humana sea portadora de la gracia liberadora del Señor.

2.- «Escudriñad las Escrituras, ellas hablan de mí»

2.1.- SEGUIR A JESÚS ES ANTE TODO UNA PRAXIS.

El seguimiento de Jesús, seguir a Cristo (el griego *akolouthéo* es evocador de sus correspondientes *mathétés* = discípulo y *mantháno* = aprender) es un término consignado unas 90 veces en el Nuevo Testamento. Dejando aparte 11 menciones: He (4 veces); ICor (1 vez); Ap (6 veces), las 79 restantes se hallan en los evangelios, distribuidas de la siguiente manera: Mateo 25 veces, Marcos 18 veces, Lucas 17 veces y Juan 19 veces.

De esta sencilla constatación puede fácilmente comprenderse que el tema del seguimiento es típicamente evangélico, y por ende cristiano. Su importancia deriva de la significación que fue adquiriendo progresivamente en la experiencia de las nacientes comunidades apostólicas. Su originalidad proviene del enfoque absolutamente novedoso de que fue revestido en un contexto socio-cultural, donde era habitual la práctica de maestros cuyos discípulos se proponían adquirir el rango de aquellos, después de haberse nutrido de sus enseñanzas por un tiempo. Los discípulos buscaban y escogían a sus maestros, a quienes trataban de imitar en su manera de enseñar para adquirir ellos mismos autoridad.

El seguimiento de Jesús se diferencia radicalmente de la costumbre vigente en la época. Jesús toma la iniciativa. Escoge a sus discípulos con plena autoridad divina, a semejanza de Dios, que escogía a los profetas (Mc 1,16ss.; Mt 8,22). Jesús no llama a su seguimiento para que sus discípulos lo imiten materialmente en sus gestos o comportamientos, sino para que sean obreros y colaboradores en el reino de Dios cercano y presente, cumplido en el Hijo y orientado hacia un futuro de realización escatológica. Ser discípulo es entregarse de por vida al proyecto del Reino, participando de su poder para obrar los prodigios que lo construyen en la historia como anticipo de plenitud escatológica (Lc 9,59ss.; Mc 1,5; Mt 15,24; 4,17; Mc 3,14ss.; Mt 19,28). Quien acepta la llamada al seguimiento lo hace con una adhesión libre, que rompe con la antigua condición cuyos lazos impiden la entrega, que, además de radical, ha de ser irreversible. No se sigue a Jesús sólo por un tiempo. La fidelidad está en el corazón del seguimiento, aunque el discípulo siempre esté expuesto a la tentación de desdecirse. Seguir a Jesús es convertirse desde las raíces más profundas del propio ser (Mc 1,16; Mt 9,9; Mc 10,17ss.; Mt 8,21ss). Quien se atreve a seguir a Jesús no puede esperar un futuro y una suerte distinta a la de su Señor. En el camino está la cruz, la persecución, el conflicto, la negación de sí mismo y la muerte, como premisas de la liberación y de la exaltación que provienen del señorío de Dios. Esto sólo es posible cuando el discípulo asume el seguimiento incondicionalmente (Mt 10,24; Mc 8,34). Por último la expresión seguir a Jesús tiene un carácter de iluminación surgida de la Luz que resplandece en las tinieblas. Quien sigue a Jesús no camina en las tinieblas, sino que está llamado a poseer la luz de la vida. Y en este sentido, seguir a Jesús es lo mismo que llegar a la fe, reconociendo en él la fuente transformadora de la existencia. El discípulo sigue a Jesús como un hijo de la

luz, que tiene la promesa de estar como servidor justamente allí donde está su Maestro (Jn 8,12; 12,44; 13,36).

2.2.- EL SEGUIMIENTO EN BOCA DE JESÚS.

Jesús ofrece una enseñanza clara sobre el seguimiento como parte esencial del anuncio del Reino. Su palabra va revelando unas características que adquieren la condición de imperativos categóricos. Quien sigue a Jesús no puede menos que dejarse poseer por las exigencias que se le plantean a partir del momento en que decide ir en pos de quien le invita a edificar su vida desde otras bases.

Entre las características que sobresalen en su enseñanza podemos subrayar las siguientes:

1) *Es universal*. Tanto como lo es la llamada a la conversión y a la fe. Nadie queda excluido, ni los pecadores, ni las prostitutas, ni los publicanos, ni los extranjeros... «El que quiera venir en pos de mí» es una palabra que denota la amplitud universal de la gratuidad de Dios. Sólo requiere que el seguidor se ponga en camino con él, al ritmo de él y al estilo de él (Mt 9,9).

2) *Es gratuito*. No hay ninguna condición previa para ser llamado como discípulo. Es simplemente la palabra gratuita que se dirige a quien quiere, porque quiere y cuando quiere, para edificar la vida desde otras bases (Mc 3,13).

3) *Es radical e incondicional*. No se sigue a Jesús reservándose algo o manteniendo ataduras y servidumbres que impidan ser libre. Esta incondicionalidad radical ve en Jesús al absoluto de la existencia. Nada se sobrepone a él. Incluso la renuncia puede ir hasta el absurdo de negarse a sí mismo, frente al legítimo derecho que nos ampara. Hay que posponer al padre y a la madre, dejar que los muertos entierren a sus muertos, entregar aun la propia vida como precio del seguimiento (Mt 10,17; Lc 14,26ss.; Mt 4,20; 16,24-25).

4) *Es paradójico*. Se da en la paradoja que resalta el señorío del que llama al seguimiento. Es frecuente que el anuncio salvador se proponga como un conjunto de paradojas que desconciertan y contradicen la más pura lógica humana: morir para vivir, perder para ganar, empequeñecerse para ser grande, servir para ser señor (Mt 16,25; Jn 13,12-17; Flp 2,5-11; Sant 2,5).

5) *Es arriesgado*. Inaugura un mundo futuro de sorpresas y de certezas nuevas, pero no de seguridades fáciles. El «vende todo lo que tienes y luego sígueme» es la llamada a lo incierto del hombre, apoyado únicamente en la fidelidad de Dios, que no puede negarse a sí mismo. Seguir a Cristo es vivir de la certeza emanada de Jesús, que no por eso dispensa de la incertidumbre humana de la búsqueda, del futuro, del conflicto y aun del fracaso. El discípulo sabe en quién ha puesto su confianza (2Tim 1,12).

6) *Es doloroso*. Quien no toma su cruz y lo sigue no es digno de él. No puede ser de los suyos. No tiene calidad de discípulo a su manera. La dimensión sufriente de la existencia humana adquiere un sentido diferente cuando se sigue a Cristo desde la experiencia de la cruz. Porque el discípulo no está exento de la solidaridad con todos los que viven la angustia que supone el sufrimiento como anticipo de muerte. Se intuye que en el seguimiento doloroso de Jesús, el discípulo se encamina hacia la glorificación que contiene el sentido último de la vida (Mt 16,24-25).

7) *Es liberador*. Por una parte, seguir radicalmente a Jesús es denunciar toda clase de ídolos que pretenden desplazar al Dios vivo. Por la otra, se afirma su señorío en la confesión de que sólo «al Señor tu Dios adorarás y a él sólo servirás» (Dt 6,13; Mt 4,10). El estilo de vida y la palabra de Jesús expresan inequívocamente el camino de liberación que recorre aquel que decide ir tras su seguimiento. Las raposas tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el Hijo del hombre ha querido ser libre hasta despojándose de ese elemental derecho (Mt 8,20).

8) *Es escatológico*. Quien vende todo, deja todo y renuncia a todo es candidato a recibir el ciento por uno y además la vida eterna. Su nombre está escrito en el libro de la vida (Mt 19,27-29). Está en camino de plenitud. Parecería que seguir a Jesús va en contra de las más profundas aspiraciones humanas. Pero se olvida a menudo que está muy lejos de favorecer un escapismo histórico en aras de una supuesta vida futura en un nebuloso más allá. Por el contrario la condición de plenitud escatológica sólo es posible cuando el discípulo se sabe protagonista de la historia.

2.3.- UN SOLO CAMINO Y MUCHAS FORMAS DE SEGUIRLO.

En un análisis general y detallado de los textos bíblicos, se advierte de inmediato que no todo el mundo sigue a Jesús de la misma manera, ni por los mismos móviles, ni con idénticos objetivos y resultados. Hay quienes lo siguen por motivos superficiales, pero hay también quienes van en pos de él atraídos por su persona. Unos van tras él por iniciativa propia. Otros porque son llamados. Unos se sienten atraídos temporalmente. Otros, en cambio, conviven con él permanentemente. Unos lo siguen por una llamada directa de Jesús. Otros por invitación de una tercera persona. Unos lo buscan porque intuyen en él la plenitud de la promesa y la respuesta a su íntima esperanza de liberación. Otros, por el contrario, porque lo ven como una amenaza a su poder, a su prestigio, a su control sobre las conciencias y las estructuras establecidas.

El seguimiento de Jesús es al mismo tiempo uno y plural. Uno en la sustancia de su contenido, plural en sus expresiones y modalidades para vivirlo. Pero en cualquier caso, no puede perderse de vista la centralidad de la figura de Jesús, su innegable poder de atracción y su irrenunciable señorío sobre toda creatura. La fascinación o el rechazo que produce su persona estriba en el asombro, el

desconcierto y el gozo, o en la incomodidad y el juicio que emanan de su misterio, a la vez oculto y revelado.